

siones en Suabia, esto lo consentía Talleyrand, pero al objeto de prevenir nuevas querellas; pero al mismo tiempo creía necesario darle amplias compensaciones en el Danubio en donde todo le llevaba á desear que adquiriera provincias tan deseadas por Prusia; pero era necesario tranquilizarla separando las dos coronas de Francia y de Italia; además era necesario desarmar su susceptibilidad dejando que Venecia fuera de nuevo un Estado independiente, en vez de unirla al imperio francés. Gracias á esas concesiones, Austria fortificada por una guerra en la que debía encontrar su ruina se le habría unido no sólo con los lazos del reconocimiento sino con los de un interés duradero; la política francesa no habría sido una perpetua amenaza contra el sistema europeo, y en la eventualidad de una nueva guerra encontraría en el centro mismo del continente un punto de apoyo más sólido que la versatilidad prusiana.

Eran estos consejos tan sensatos como previsores, puesto que no eran exclusivistas en modo alguno respecto de una buena inteligencia con Prusia; hasta implicaban forzosamente que, si se prefería una alianza con esta potencia, como no se había alejado de nosotros sino poniendo sus escrúpulos por encima de sus intereses, era necesario ofrecerle inmediatamente ventajas que debían asegurarnos su concurso, prendas que garantizasen en el porvenir la paz europea. Pero Napoleón que aún antes de Austerlitz no había querido escuchar estos consejos, estaba ahora todavía menos dispuesto á seguirlos, ahora que había destruído el ejército de la coalición.

En efecto su programa de Ulm quedaba ya muy lejos. Ese primer proyecto, por ambicioso que fuera, ya no era mas que un bosquejo tímido y atrasado. Ya no era solo Venecia, y el Tirol, y el Voralberg, y las posesiones de Suabia lo que él quería ahora quitar al Austria, sino el Friul, la Istria y la Dalmacia, y esas conquistas mismas no debían ser sino las primicias de los frutos que pretendía sacar de su victoria. Sin embargo, no osó manifestar de buenas á primeras sus pretensiones en toda su extensión, bien que estuviera ligado por adelantado por tratados con los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Baden que debían recibir de sus manos las provincias alemanas de Austria; previamente quería saber cuáles eran las disposiciones de Prusia.

Ganar tiempo, dejar sin precisar ciertas cuestiones, particularmente en aquella que se suscitaba con motivo de la tan prometida separación de las dos

coronas de Francia y de Italia, separación que Napoleón proponía aplazar de una manera irrisoria para la época en que Inglaterra «restableciera el equilibrio de los mares,» en fin, no adquirir compromiso alguno definitivo y evitar hablar de Nápoles que la ruptura de la neutralidad iba poner á merced de Francia, tal era provisionalmente el papel señalado á Talleyrand.

Ignorando Napoleón si no se vería obligado á romper con Prusia, admitía la posibilidad de transigir en algunos puntos, por ejemplo, en perdonar á la reina de Nápoles mediante el relevo de Damas y de Acton; pero antes de decidirse quiso ver á de Haugwitz y conocer sus verdaderos sentimientos. Apresuróse, pues, á regresar á Viena,—12 de Diciembre,—dejando á Talleyrand en Brünn en discusión con los negociadores austriacos.

Haugwitz esperaba á Napoleón en medio de una turbación que no dejaba de ser justificada, había consideración de la situación en que se encontraba su gobierno. De los dos aliados con quienes el gabinete prusiano se había más íntimamente unido, uno de ellos estaba fuera de estado de obrar, el otro hacía la paz, y se rendía á discreción. Quedábale un tercero, Inglaterra, pero de éste no podía esperar un apoyo eficaz. Prusia, pues, en la hipótesis de continuar la guerra, iba á soportar sola el choque de los ejércitos de Napoleón, y esta perspectiva le inspiraba las más vivas alarmas. Erale por otra parte difícil salir honradamente del callejón sin salida en que se hallaba, pues si estaba desligada de sus obligaciones con Austria, no lo estaba con Inglaterra ni con Rusia. Esas circunstancias bien consideradas de Napoleón, aún cuando no tuviera más que nociones incompletas del tratado de Potsdam, le daban grandes ventajas sobre el negociador prusiano de las que se apresuró á aprovecharse con su acostumbrada seguridad.

Recibió, pues, á de Haugwitz simulando ora la indignación de un aliado traicionado y pagado sus servicios con la más negra ingratitud, ora el alarameo de un vencedor irritado, impaciente de vengarse; fingía no poder tomar en serio las quejas sobrado legítimas que Prusia había invocado en apoyo de su cambio de política, y de tener apenas una vaga idea de las violaciones de territorio y de los procedimientos ofensivos que lo habían exasperado.

Haugwitz intimidado, y temiendo traer á su país las calamidades de una guerra desventajosa, tuvo la debilidad de creer esta comedia, ó la indignidad de consentir en parecer su víctima en un momento que

una demostración enérgica de su parte hubiese sólo conseguido templar las ambiciones desmelenadas que agitaban el espíritu de Napoleón. Dejóle tomar el papel de acusador, se defendió débilmente de sus reproches, y mostró en una palabra, confusión y abatimiento cuando debía hablar alto y firme. Este era precisamente el punto á que quería llevarle Napoleón. Cuando el emperador juzgó al diplomático bastante asustado por sus amenazas, cambió de repente de lenguaje, y en vez de la declaración de guerra que le había hecho presentir, le ofreció su alianza y la cesión del Hannover. Pero al resignarse á ese gran sacrificio, exigía que se optase de plano; no podía someterse á una más larga deliberación; se debía elegir inmediatamente entre una adquisición territorial y la guerra.

Haugwitz había sido siempre partidario de la unión á toda costa con Francia; jamás había mostrado grandes escrúpulos de honor ni patriotismo, así no vió siquiera lo que esta transacción tenía de ignominiosa para su país; quedó deslumbrado y se arrojó con avidez sobre la presa que se le presentaba con la dulce esperanza de ser acogido en Prusia como un bienhechor nacional, pues iba á reportar á su soberano un engrandecimiento en vez de una guerra que tenía motivos para temer. Firmó, pues, por decirlo así, sobre la marcha, salvó la ratificación de su gobierno, un tratado de alianza ofensivo y defensivo, por el cual Prusia recibía el Hannover en cambio del marquesado de Anspach que Napoleón debía entregar á Baviera, y del principado de Neuchâtel que quería reunir á Francia,—15 de Diciembre.

Tan pronto hubo Napoleón concluído este arreglo con Prusia descubrió sus pretensiones con Austria; no sólo se dispone á imponerlas con todo rigor, sino que aún formula otras nuevas sugeridas por sus triunfos. No quiere transigir respecto del Tirol. Quiere además la Dalmacia; en cuanto á Nápoles, Talleyrand no ha de sufrir ni aunque de ello se le hable, pues ya ha llegado «la hora de castigar á aquella pícaro.» El día antes se contentaba en que se despidiera á Acton, ahora los crímenes de la reina de Nápoles habían llenado la medida y sólo su expulsión podía satisfacer á Napoleón. Háse dicho para explicar ese brusco cambio, que en el intervalo había sabido la ruptura de la neutralidad napolitana; nada más inexacto, lo que había sucedido era que había visto y subyugado á Haugwitz, y no había más. Por toda concesión consentía en reducir á 50 millones las contribuciones de guerra. Talleyrand debía además dar á entender á los co-

misionados austriacos que se había establecido una inteligencia con Prusia y que cada día de retardo no haría más que empeorar la situación. Napoleón no admitía que el rey de Prusia pudiera ni siquiera tener la idea de rehusar su ratificación á un tratado que le deshonraba, pero que le aseguraba grandes ventajas; en todos casos da su consentimiento por cierto y al mismo tiempo procura sacar partido de lo que ya considera acordado. Hizo, pues, trasladar el punto de las negociaciones de Brünn á Presburg á fin de estar más cerca de ellas, y al mismo tiempo hizo concentrar sus tropas haciéndoles tomar una actitud amenazadora como si esperara una ruptura inminente. Aislados los negociadores, desconcertados con tantas sorpresas, tiemblan á la idea de que vengan cada día creciendo más y más las exigencias y esto hace que se resignen á sufrir la dura ley de la necesidad y consienten rendidos y cansados en firmar el desastroso tratado de Presburg el más humillante que hasta entonces se hubiese impuesto á la casa de Austria.

Austria abandonaba Venecia; Istria, el Friul y la Dalmacia al reino italiano; el Tirol y el Voralberg iban á enriquecer la Baviera; las posesiones de Suabia pasaban al Wurtemberg, y el Brisgau con el Ortenau y la ciudad de Constanza eran cedidas al elector de Baden. Renunciaba además á todos sus derechos sobre la nobleza inmediata; retiraba su protección á esta poderosa clientela que tanto había hecho para la influencia austriaca en Alemania; reconocía los títulos de reyes concedidos á los electores de Baviera y de Wurtemberg; en fin, aceptaba todo lo que se había hecho en Italia y consentía en dejar hacer en Nápoles.

Como indemnización de tantos perjuicios se le daba el principado de Würzburg para uno de sus archiduques. Esta corta guerra le había hecho perder sus mejores provincias que equivalían á una quinta parte de su territorio y casi todas sus salidas al mar. Seguramente que antes que imponerle condiciones tan penosas y humillantes, hubiese valido más darle inmediatamente el golpe mortal, pues no podía vivir en la situación en que se le dejaba, y su política había de ser una conspiración inevitable y permanente con el objeto de tomar su revancha. Era pues, necesario ó destruirla completamente ú ofrecerle condiciones aceptables. Dejarla vivir después de haberla reducido á la desesperación, era sustituir una enemistad forzosa á lo que había sido una enemistad de circunstancias. Esta idea estaba en todos los espíritus; cuando se conocieron las estipulaciones de Presburg:—«Hijos míos, dijo el



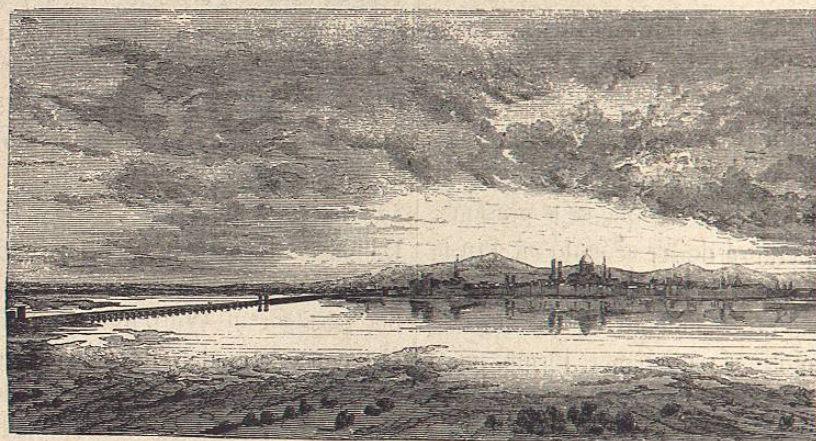
archiduque Carlos á sus soldados al despedirles, descansad hasta volver á la tarea.»

Napoleon, para remediar ese peligro que no podía escapar á su penetrante mirada, se había por lo menos creado amistades duraderas capaces de hacer contrapeso á odios tan naturales? Al efecto, no imaginó nada mejor que el tratado que Haugwitz llevó á Berlín, tratado que Prusia podía encontrarse obligada á ratificar por evitar la guerra, pero que no podía aceptar mas que como una profunda humillación y con un ardiente deseo de vengarse.

Esta potencia estaba, en efecto, ligada tan estrechamente con Inglaterra que se encontraba á punto

de recibir de Londres su primer plazo de subsidios. Era, pues, ponerla en la cruel extremidad de recibir como presente el mismo patrimonio del soberano que la subvencionaba. Había en esto algo más grave que una travesura á costas del gabinete prusiano, era una herida cruel hecha al orgullo nacional, por motivos de honor y justas susceptibilidades de honor y patriotismo de las que jamás tuvo cuenta Napoleon. Lejos, pues, de hacerse un aliado su política de ese lado se había creado una nueva enemistad; y era de una parte una extraña ilusión creer que podría neutralizarla por medio de sus tres clientes de Baden, Wurtemberg y Baviera.

En efecto, el aumento de territorio que les había



Vista de Mantua

dado no era nada en compensación de la influencia y consideración que habían perdido sobre el pueblo gracias á la protección francesa que tenían que sufrir. En Alemania no se les consideraba más que como lacayos de Napoleon, y éste al anunciar fastuosamente, en su Boletín 37, que habían recibido el título de rey como «una recompensa merecida,» tuvo buen cuidado con ello de denunciarles al odio de sus compatriotas que ya no vieron en ellos mas que traidores.

Era hacer pagar bien caro á esos príncipes una alianza que habían tenido que sufrir mejor que no la habían buscado. Su reconocimiento era tanto más dudoso cuanto que independientemente de un vasallaje tan poco disfrazado, Napoleon se disponía á imponerles lazos de una naturaleza de todo punto diferente, lazos que estaban hechos más bien para irritarles en sus sentimientos íntimos.

A ese soberano de ocasión, que acababa de introducirse por sorpresa en el cenáculo de los reyes, le eran necesarias alianzas de familia destinadas á bo-

rrarles humildes principios de la improvisada majestad. Napoleon tenía en este punto todas las preocupaciones de las almas más vulgares; continuaba siendo muy sensible al prestigio del nacimiento y del rango como el burgués del antiguo régimen, y el exterrorista ardía en deseos de unirse con las razas reales.

En varias ocasiones había ya sondeado á los pequeños príncipes alemanes, pero sus proposiciones no habían sido bien acogidas. Al principiar la nueva campaña, al unirse con los electores de Baviera, del Wurtemberg y de Baden, había hecho renovar sus pretensiones por su representante el general Thiard. Pero mostraron todos ellos pocas ganas de unirse con los lazos del parentesco con Napoleon. El elector de Baviera, el que estaba mejor dispuesto de todos los dichos príncipes para ello, se hacía el sordo: su hija, la princesa Augusta, que Napoleon quería casar con el príncipe Eugenio, estaba á punto de casarse con el hijo del elector de Baden, y la electora, su esposa, se encolerizaba á la sola

idea de matrimonio que se le proponía por rebajar la clase. En cuanto al elector del Wurtemberg, de quien Napoleon reservaba la hija para su hermano Jerónimo, todavía estaba peor dispuesto para esta unión, pues no se había hecho el aliado de Francia sino por la fuerza, las tropas francesas habían tenido que abrir á cañonazos las puertas de Stuttgart.

Todos esos príncipes rechazaban, pues, con un secreto horror, esta mano todavía manchada con la sangre del duque de Enghien. Pero, después de

Austerlitz los papeles cambiaron; lo que Napoleon solicitaba á la víspera ahora lo exigía, ya no hablaba como aliado sino como señor. Como en esas épocas bárbaras en que el rapto venía siempre tras de la conquista, era necesario que esas hijas de reyes fueran el rescate de los Estados de sus padres. La princesa Augusta arrancada á su novio, tiene que casarse con un hombre cuya voluntad no se ha consultado tampoco, y á quien no conoce sino por haber visto su retrato pocos días antes pintado



Verona.—Italia

en una taza de porcelana. Su novio se verá obligado á unirse también á la fuerza con la princesa Stephanie de Beauharnais; en fin, Jerónimo, que se había casado en Baltimore con una persona honrada y distinguida pero sin títulos nobiliarios, y con la cual ha tenido ya un hijo, será descasado y casado con la hija del elector del Wurtemberg.

Pero esas brillantes uniones de familia obtenidas con la espada en la mano, y los cambios territoriales que habían sido ó debían ser su precio, Austria disminuída, Rusia abatida, Prusia humillada, la confederación germánica rehecha en beneficio de Francia, todos esos resultados no eran mas que una pequeña parte de las consecuencias que Napoleon pretendía sacar de la victoria de Austerlitz. Lo que él ahora soñaba era una transformación radical del sistema europeo entero.

Cuando, al principiar el imperio, se le había oído invocar el nombre y la memoria de Carlomagno, no se había visto en general en sus palabras mas que un paralelo de la fantasía, un efecto oratorio sin relación real con los sucesos. Después de Austerlitz, pudo ya comprenderse que había algo más que una simple casualidad de expresión. Esto no quiere decir que la federación de reinos de que quería rodearse tuviera nada de común con la antigua federación Carlovingia. Lo que él pretendía bajo ese nombre de federación, era la unidad más estrecha y más absoluta. Esos reinos vasallos no debían ser en realidad mas que los humildes instrumentos de su propia dominación; era un disfraz al que creía que debía recurrir porque la confesión pura y simple de sus proyectos le hubiese hecho demasiados enemigos en el estado actual de Europa. La conquista en